

MEMORIAS DE ANTONTXU SAINZ ECHEVERRÍA DESDE EL DOLOR Y LA ESPERANZA

Por la transcripción, selección y notas:
José Luis Ansorena

Los malestares que Antontxu Sainz comenzó a sentir en 1995, tuvieron un período álgido desde el 28 de marzo de 1996. El 2 de abril fue ingresado en la Residencia de Nuestra Señora de Aránzazu. A partir de la convicción de que su enfermedad iba para largo, pensó en aprovechar los muchos tiempos muertos que le esperaban para dedicarse a pensar. Fruto de sus reflexiones son estas memorias que aquí publicamos en una mínima selección.

Dice Ortega y Gasset: "En cuanto a la persona, la sustancia del hombre es la soledad".

De acuerdo con Ortega, esa soledad no es para quedarse en ella. Esa soledad es maciza, profunda, aleccionadora, porque desde ella –y a partir de ella– se experimenta y se aprecian plenamente los valores de la auténtica solidaridad, el afecto, el servicio, y; ¿por qué no?, el amor.

Aunque pueda parecer que todo pueda estar –y está– retribuido por oficialismo sanitario.

¡Cómo se ve transformada esa soledad en una envolvente y acogedora humanidad!

Una miseria humana rehabilitada, aliviada por manos profesionales que no están, en principio, destinadas a distribuir, a repartir y dar amor, pero que yo lo recibo como tal.

Salir de una soledad abrumadora y doloridada y verse convertido en persona enriquecida por la experiencia del sufrimiento dejado atrás, es algo difícil de explicar, pero dulce y fácil de sentir y agradecer.

(Cuatro de la madrugada del 10 de abril de 1996, en la Residencia de Ntra. Sra. de Aránzazu, de San Sebastián. Habitación 233 - 2).

Me sosiega el abandonarme en las manos de Dios y no sentirme perdido. Presiento que algo me acoge. ¿Me hago muchas ilusiones? Puede ser.

No oigo más que el silencio desde Aquella parte.

Dialogo con Dios. Mejor dicho: monologo mucho con Dios. De allá me llega siempre un profundo silencio. Y seguramente tiene que ser así y no de otra manera. Pero tengo la impresión de que ese Silencio no es Ausencia. Y me conforta saber que estoy acogido con Amor.

(Lunes. Quince de abril de 1996. Residencia)

Continúo recibiendo muchísimas visitas. Soy muy rico en amigos. Me siento hasta abrumado por tantas muestras de cariño y afecto, que constantemente estoy recibiendo. Queridos amigos: os deseo el máximo de felicidad, pero, si os llegan los momentos de desgracia y dolor, que no os falte lo mismo que de vosotros he recibido. Mi corazón diría muchas cosas, pero tengo que limitarme a resumir todo en siete letras: GRACIAS.

He pasado hoy un larguísimo y malísimo rato en un potro de tortura, que me ha dejado molido, deshecho. Ha sido preciso un calmante para reponerme del trance. Tendré que ir habituándome a convivir con el dolor. Quisiera ser fuerte y no derrumbarme. Y que no se me pierda inútilmente ningún dolor.

(Diecinueve de abril de 1996. Residencia).

Ciérrame los caminos,
acótame los terrenos,
córtame las rutas,
oscuréceme los días,
alárgame las tediosas horas,
párame las piernas,
quítame los montes...
pero no te quites Tú.

No te quites Tú,
porque, si Tú te quitas
no tienen sentido,
ni razón de ser,
caminos, rutas,
días, energías,
ni montes, ni paisajes...
porque Tú no estás.

La noche ya está otra vez aquí. La espero en paz. Siento la lejanía, el silencio de Dios, pero también su envolvente presencia y su inexplicable amor. ¿Quién no queda en paz y tranquilo ante tan incomparable compañía?

(Once de la noche del 8 de mayo de 1996. Residencia).

En sus memorias y en conversaciones privadas Antontxu Sainz manifestaba su esperanza de recuperación, fundada en ejercicios de rehabilitación. Su ilusión era poder volver a casa, aunque fuera en silla de ruedas. A partir de su traslado a Matía, contempló su futuro con una visión distinta.

En la Residencia me han hecho la primera y única rehabilitación en la misma cama y consistente en movimientos de tobillos, piernas y muslos.

A las tres y media de la tarde en ambulancia me trasladan a Matía. Ingreso aquí a las cuatro de la tarde. Me hace una pre-



gunta el Dr. Olazabal. Me hace unas pruebas de movimiento y de fuerza de muslos, rodillas y pantorrillas. Me instalan en la habitación nº 204 en solitario.

(Veinte de mayo de 1996, lunes).

Amigo cáncer, vamos a estar ya juntos, durante no sé cuánto tiempo. A cada uno nos corresponde jugar nuestro papel. Yo sé que tú harás bien el tuyo. También quiero yo hacer bien el mío. Por el momento me has convertido en otra persona que ha descubierto otros aspectos de la vida. Mi vida interior se ha enriquecido, me he sentido rodeado de amor y de amigos, mi espíritu ha llegado a lugares insospechados. No te extrañará, por tanto, que diga que me siento una ruina física, pero que soy feliz.

Algún día nos separaremos. No sé qué será de ti. Creo que terminarás en mis huesos. ¡Puf! ¡Pues vaya sitio! Aparentemente, tú, separador de nuestras vidas, quedas como vencedor en esta contienda, en esta batalla entre amigos, pero tú lo



que en realidad haces es abrirme el camino hacia la verdadera VIDA. Tú terminarás, amigo cáncer. Yo no. Y es que tu inexorable fin es el terminar. El mío, no. Yo me he fiado de mi Amigo que nunca ha fallado ni fallará. En el Amor de su camino se halla, fíjate bien, la VIDA.

(Treinta de noviembre de 1996. Matía).

Creo que toda mi vida ha sido –y es todavía– un continuo aprendizaje. Me he pasado la vida aprendiendo a vivir. No sé qué tal lo he hecho, pero me he empeñado constantemente en la tarea. He tenido buenos educadores: Familia, profesores, sacerdotes, amigos, libros... De los que he aprendido todo. Me he instruido por los caminos de la fe, de la razón, del humanismo y de todo cuanto de bueno y positivo tiene la vida. Traté de cultivar siempre estos terrenos –con la mediocridad de todo lo mío– y, sin llegar hoy a ningún grado de madurez en estas asignaturas, me hallo en la fase final de mi vida terrena. Un cambio grande he experimentado en mí. Algo así como “estar en el mundo, sin ser del mundo”. Me

sigue interesando –y, como siempre, apasionadamente– todo lo de aquí, pero me absorbe de una manera constante e insistente el deseo de aprender con provecho a morir. Mi grave enfermedad, mi amigo cáncer, ha trazado una invisible frontera, que no por ser invisible deja de ser real: divide dos mundos, pero afortunadamente, poseo visado para poder atravesarla constantemente. Paso más tiempo, o por lo menos tanto, en el sector de las postrimerías y de mi vida interior, pero no descuido mi atención y mi interés por todo cuanto me rodea en mi mundo de siempre. Es natural que éste, el terrenal, tire mucho de mí, porque no he conocido otro, pero, ahora me arrastra, me atrae hacia sí con fuerza e insistencia, y desearía llegar a él en la mejor disposición posible. En ese aprendizaje me encuentro: aquí sí deseo obtener buenas notas.

(Tres de diciembre de 1996. Matía).

No sé cuánto me queda de vida en este mundo, pero creo que ésta será la última Navidad de mi vida terrena. De muy diversas maneras he vivido todas mis pasadas navidades, pero siempre celebradas como el hecho histórico más importante para un cristiano. Pero siempre acompañadas y envueltas en celebraciones, donde el comer y el beber, aunque todo ello sin exageraciones, ha ocupado, tapado y casi borrado el espíritu de la Navidad. Desde hace muchos años, y como deseando desprenderme de toda esta materialidad del comer y beber, del sabor a turrón, de las exquisiteces de la cena clásica, de las imprescindibles burbujas, he querido que esa cena fuera corta, escasa, de lo más frugal: un plato de patatas cocidas con un poco de aceite y agua y nada más, por ejemplo. O un pedazo de pan y agua. Pues bien: he llegado a la que puede ser mi última Nochebuena aquí abajo, y me temo, más que nunca, que no voy a poder conseguir lo que deseo.

Pues no. Gracias a la intervención de mi médico, Ricardo González Larraina, he conseguido cenar un plato de patatas cocidas acompañadas de un pedazo de pan y un trago de agua. Nada más. Gracias doctor.

(Veinticinco de diciembre de 1996. 6'30 de la mañana).

A “Andra Mari” la llevo en el corazón, en el alma, en el sentimiento, en todas las zonas más nobles que puedan existir en

mi ser. En esta inolvidable coral he disfrutado y me he sentido realizado siempre, en algo que desde dentro tenía que cultivar con necesidad imperiosa. Otras formaciones anteriores a ella pudieron preparar el camino, que me llevaría a esta meta definitiva en mis aspiraciones cantoras. En otras, pude destacar más en el plano personal –la juventud supone mucho en las facultades de un cantor–, pero en “Andra Mari” fue, donde, alcanzada una cierta madurez musical, pude gozar de la belleza de la música cantada, y no sólo en esa faceta, también en la de las recitaciones y presentaciones. He podido tomar parte de unos repertorios, en los que la calidad y la belleza han sido capaces de hacer gozar plenamente a cualquiera que pueda vibrar con un mínimo de sensibilidad que posea.

Hoy, 30 de diciembre de 1996, un lucido y bien conjuntado grupo de mi entrañable Coral me ha hecho el gran regalo de venir a cantarme a mi cama hospitalaria un bellissimo ramillete de villancicos. Lo tópico sería decir que han cantado como los propios ángeles, pero como no sé cómo cantan éstos, yo digo que han cantado como unos queridos amigos, que han obsequiado a un viejo amigo cantor y que éste ha recibido el obsequio como el mejor de todos los que le podían hacer. No sé cómo manifestar mi agradecimiento. Solo sé sentirlo muy dentro de mí y guardarlo en lo más recóndito de mi corazón. Aquí, nunca más cantaré con ellos, pero pienso esperarles –todo el tiempo que haga falta y que deseo sea larguísimo– en el que nuestras voces serán angelicales de verdad, pero ¿mejores que las que yo acabo de escuchar?

De todas maneras, el afecto, el cariño, el amor, serán los mismos. Y eso es lo que vale.

Presidente, Director, cantores, amigos todos: Un abrazo infinito.

Antontxu.

(Treinta de diciembre de 1996. Matía).

Otra sorpresa. Esta vez ha sido la Sociedad “Ereintza” la que, el último día del año 1996, me ha visitado con txistularis de la entidad –que estrenaban uniforme–, coplas de año viejo, cantados por coro y solista y una pareja de bailarines. Otro rato placentero de emociones contenidas y efusiones no

tanto. Josetxo Oliveri, “alma mater” de la Sociedad me ha leído un recordatorio de lo que yo he podido hacer por “Ereintza” desde su nacimiento, y han salido a relucir actividades, en las que intervine con todo mi entusiasmo y que las tenía casi olvidadas. Ha resultado muy agradable recordar aquellos tiempos, en los que en muchas ocasiones hubo que “pelear” de verdad. Todo se da por bien hecho, pues las cosas salieron hacia adelante y hoy “Ereintza”, desplegando una buena serie de actividades, es uno de los motores culturales de nuestro pueblo. Si de todo ello he podido formar parte, me siento satisfecho de haberlo hecho y mi deseo ferviente es que “Ereintza” continúe avanzando por el camino que emprendió. Nuestro pueblo será su primer beneficiario, y con él toda la sociedad. Gracias “Ereintza”. Besarkada aundi bat, eta beti aurrera.

(Treinta y uno de diciembre de 1996. Matía).

Pesante despertar, piernas clavadas,
la cama un imán duro y opresor,
queda tapado y escondido el dolor.
¿Sonarán después sus amargas campanadas?
Queda siempre en mí la esperanza
de un bienestar entrecortado y relativo,
he de soportar despierto y activo
el día que ante mí se alza.
El regalo de un nuevo día me es dado,
de tus manos lo recibo, Señor.
Comunique desde mi adentro tu amor
a quien llegue hasta mi lado.

(Ocho de enero de 1997. Matía)

He tenido que pedir calmante extraordinario. Mucho dolor de espalda. Sueño intermitente. Tremenda sequedad de boca. Mala noche. Esther ha pasado conmigo.

(Nueve de enero de 1997. Matía)

Éstas fueron las últimas líneas que Antontxu dejó escritas en sus memorias. A partir de los sedantes más fuertes, fue perdiendo la conciencia, para fallecer el 12 de enero de 1997. ✍